

VI

Estaba ya muy avanzada la noche cuando los expedicionarios tomaron un refrigerio. Las estrellas brillaban con esplendidez y cierta claridad que surgía en el cielo por la parte de Oriente, anunciaba la salida de la luna.

Proseguía la vigilancia de los agujeros, pero los que vigilaban habían subido por la pendiente de la colina y se habían apostado cerca de ellos por la parte de arriba, comprendiendo que aquel era el mejor sitio para poder disparar.

Acurrucáronse sobre la hierba echando algunos tragos de whisky en tanto que Cossar, Redwood y Bensington se hallaban en la casa discutiendo acerca de lo que convenía hacer.

La luna apareció á eso de la media noche, y tan pronto como alumbró valles y colinas, todos, excepto los que acechaban los agujeros, se marcharon hacia el avispero dirigidos por Cossar.

Fácil, facilísima era la recorrida del camino; pero aunque facilísima, resultaba peligrosa, aunque no mucho más que tratándose de un avispero

común. No hay duda de que existía peligro y hasta peligro de muerte.

Esparcieron, al llegar, el azufre y el salitre, atiborrando los agujeros, y haciendo después largos regueros, las prendieron fuego, y echaron á correr todos, menos Cossar, pasando por entre los pinos, huyendo del peligro instintivamente; pero al observar que su jefe no les seguía, se detuvieron á cien metros de distancia en una quebrada del terreno que les brindó protección.

Durante uno ó dos minutos interrumpió la calma de la noche un zumbido sordo, que llegó á hacerse agudo y penetrante como un rugido, pero que fué bajando de tono progresivamente hasta extinguirse por completo y quedar todo en silencio nuevamente.

Bensington dijo á media voz:

Renació la tranquilidad en los ánimos.

—¡Se acabó!

La cumbre de la colina, por encima de los arbustos que formaban las copas de los pinos con su sombra, brillaba como de día pero con blancura plateada.

El yeso de los agujeros blanqueaba igualmente á los rayos de la luna.

Cossar se unió entonces á la partida con paso tranquilo, y dijo:

—Hasta este momento...

Le interrumpió una detonación.

El disparo había sido hecho cerca de la casa.
—¿Qué será eso? — preguntó Bensington preocupado.

—Alguna rata que habrá asomado la cabeza por alguna parte — dijo un ayudante.

—¡Y nosotros que hemos dejado los fusiles allá arriba! — exclamó Redwood.

—Sí, con los sacos.

Todos subieron de nuevo á la colina. Bensington iba diciendo para sí:

—Deben de ser las ratas...

—¡Qué duda cabe! — respondió Cossar royéndose las uñas.

Se oyó otro disparo.

—¡Hola, hola! ¡Parece que menudean! — dijo uno de la partida.

De pronto se oyó un chillido, al cual siguieron dos detonaciones más, luego, otro chillido, un alarido terrible y tres disparos; después el ruido especial que hace la madera que se raja. Entonces se observó alguna confusión hacia la parte de las madrigueras, é inmediatamente se oyó otro aullido salvaje.

Todos corrieron á buscar sus armas: sonaron aún otros disparos.

Bensington se encontró en el pinar con un fusil en las manos, después de haber titubeado mucho y de haber querido retroceder varias veces. Es verdaderamente curioso que el pensamiento

más saliente del insigne químico fuera en aquel instante su prima Juana y su deseo más ardiente que la prima Juana le pudiera ver en aquella situación. Los deformes pies del sabio, encerrados en sus singulares botas acuchilladas, volaban, más bien que corrían, dando pasos descomunales, y su rostro iba descompuesto por una mueca extraña, que le remangaba la nariz pero le mantenía en su sitio los espejuelos. Llevaba la escopeta en el seguro, pero con el dedo puesto en el gatillo y presentando el arma recta.

Uno de los ayudantes que habían quedado de guardia en las madrigueras, salió huyendo y se incorporó al grueso de la partida.

—¡Hola! — dijo Cossar, cogiéndole por un brazo. — ¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso?

—Que salen muchas á la vez — respondió el hombre.

—¿Ratas?

—Sí, han salido lo menos seis...

—Y Flack, ¿dónde está?

—Abajo.

—¿Qué dice? — preguntó Bensington, que llegaba jadeante; pero no le hicieron caso.

—¿Está abajo Flack? — preguntó Cossar.

—Sí, se ha caído... Salen muchas ratas, una tras otra.

—¿Cómo? — interrumpió Bensington.

—Y atacan con ímpetu — siguió diciendo el

ayudante.—Yo he disparado dos veces la escopeta.

—Pero, ¿has abandonado á Flack?

—Es que nos perseguían las ratas...

—Ven — dijo secamente Cossar, — ven con nosotros y llévanos adonde está Flack.

Todos echaron á andar hacia las madrigueras. Por el camino dió el hombre más detalles acerca del terrible encuentro, y toda la partida se agrupó ansiosa á su alrededor, excepto Cossar, que era el guía.

—¿Adónde están?

—Allá detrás, en sus cuevas... Yo corrí... ¡Nos atacaron furiosamente!...

—¿Qué quieres decir? ¿Las seguiste?

—Bajamos á las cuevas... Las vimos salir y les cortamos el paso... Anduvieron de un lado para otro, como conejos... Cuando disparamos, se pusieron furiosas y nos atacaron... Entonces huímos...

—¿Cuántas eran?

—Seis ó siete.

Cossar condujo á los expedicionarios hasta el ángulo del pinar y allí se detuvo.

—¿Cree usted que atacaron á Flack? — preguntó uno de la partida.

—Sí, una de ellas le atacó.

—¿Cómo había de disparar? No podía...

—¿Estamos todos preparados? — preguntó Cossar.

Un significativo y general movimiento le dió á entender que sí.

—Pero Flack... — dijo uno.

—¿Cree usted que Flack?... — añadió otro.

—Tenemos que buscarle — agregó Redwood.

—No hay tiempo que perder — dijo Cossar.

Y luego, poniéndose de nuevo en marcha, gritó:

—¡Flack!...

La partida, guiada por su jefe, avanzó hacia las madrigueras, quedándose un poco retrasado el compañero de Flack. Atravesaron el espacio entre el pinar y el jardín de la casa, cubierto de enormes hierbas, y bordearon el cuerpo de la segunda rata muerta. Marchaban en línea dispuestos al ataque, apuntando silenciosamente para disparar sin perder momento, encorvados, haciendo á la luz de la luna la más extraña figura del mundo. A los pocos pasos encontraron el fusil del fugitivo.

—¡Flack! — gritó Cossar. — ¡Flack!

—Por allí corría, junto á las ortigas, cuando cayó — dijo el compañero del desaparecido.

—¿En dónde? — preguntó Cossar.

—Por aquí, por aquí...

—Pero ¿en dónde cayó?

El hombre vaciló un momento; luego anduvo á través de la obscuridad un corto espacio, y añadió volviéndose:

—Me parece que fué aquí...

—Sí... Pero aquí no se vé nada...

—Ni siquiera el fusil — dijo una voz.

—Deben de haberlo arastrado á las madrigueras.

—Pero ¿y el fusil?

Cossar soltó un taco.

—¿Es posible que todo haya desaparecido? — dijo.

Luego adelantó hacia el montecillo que ocultaba las bocas de las madrigueras, y se detuvo, soltando otro taco aún más enérgico, que revelaba el estado de su ánimo.

—¿Si le habrán arrastrado hasta el interior de las madrigueras?

Todos quedaron pensativos por algunos instantes. Los espejuelos de Bensington brillaban como diamantes, y parecían estar dotados de una movilidad extraordinaria. Los rostros de los expedicionarios se hundían unas veces en la sombra, ó aparecían fuertemente iluminados otras, cuando se volvían hacia la luna. Todos hablaban, pero en frases cortadas é incoherentes, asaltados por ideas y preocupaciones nuevas que no salían completas de sus labios.

Cossar recobró repentinamente su actividad: movía nerviosamente las piernas, iba y venía, y daba órdenes secas, terminantes.

—Se necesitan luces... ¡A ver!... ¡Luces!...

Todos se dirigieron á la casa, excepto Cossar. También eran necesarios los farolillos de los

carros, que podían prestar un servicio excelente.

Bensington aprovechó aquella orden y tomó el sendero que conducía al pozo. A los pocos pasos, volvió la cabeza y vió la gigantesca figura de Cossar en actitud pensativa hacia el lado de las madrigueras. Bensington se detuvo, medio vuelto, contemplando con admiración al animoso ingeniero: todos se habían separado de éste, pero hay que advertir que él solo se bastaba para cuidar de su persona.

De pronto, vió Bensington algo que le hizo exhalar un grito: tres ratas habían salido de entre las enormes hojas de la enredadera y se dirigían hacia Cossar. Este permaneció inmóvil y descuidado durante tres segundos. Pero, de repente, le vió Bensington moverse con una rapidez increíble: no disparó su fusil, pues por lo visto ni había tenido tiempo de apuntar, ni aún de pensar en ello; pero el químico, que le observaba sin perder uno sólo de sus movimientos, vió que asía el arma por el cañón, que la levantaba en alto, y que con la culata descargaba un vigoroso golpe sobre la cabeza del monstruo, que cayó patas arriba.

La silueta de Cossar desapareció un instante entre las matas; luego surgió de nuevo y corrió hacia otro de los monstruos, enarbolando el terrible fusil. Un grito débil llegó á oídos de Bensing-

ton, y vió que las dos ratas que quedaron, se precipitaron como flechas hacia los agujeros.

La lucha se había desarrollado en esa penumbra indecisa que envuelve los objetos sin determinarlos; así es que las tres ratas, exageradas en su tamaño por la engañosa claridad de la luz, parecían monstruos inmensos, y Cossar, que á veces no se podía distinguir, aparecía entonces de colosal corpulencia. Los roedores, ora daban saltos terribles, ora corrían con velocidad inconcebible, como si estuvieran provistos de ruedas.

Todo aquello pasó en medio minuto, sin que nadie, excepto el asombrado Bensington, lo viera: los otros seguían andando en dirección á la casa. El sabio, después de unos segundos de indecisión, se lanzó hacia el ingeniero, en el momento mismo en que las ratas desaparecían.

Bensington llegó hasta las madrigueras. A la luz de la luna pudo ver que el rostro de Cossar, acusaba una completa calma.

—¡Hola! — dijo el ingeniero. — ¿Ya de vuelta? ¿Adónde están las luces? Ahora han entrado las ratas en sus agujeros. A una le he deshecho la cabeza al pasar por mi lado: véala usted, ahí está...

Y señalaba una masa negra con su largo y huesudo índice.

Bensington le miraba absorto al oírle hablar con aquella tranquilidad.

A ambos les pareció que las luces tardaban un siglo en llegar. Por fin, aparecieron hasta tres, una detrás de otra, seguidas de unas figurillas pequeñas de hombres y de unas sombras inmensas. El grupo parecía algo que se inflamaba en el fantástico panorama alumbrado por la luna.

Los que llegaron iban diciendo:

—¡Flack!... ¡Flack!...

La figura de Cossar parecía que se agigantaba por momentos y la admiración de todos llegó al colmo cuando vieron desaparecer las botas del ingeniero por la negra boca de la madriguera central.

Cossar se metió á gatas por el agujero, llevando á rastras dos fusiles, uno á cada lado, que pendíanle del cuello: seguía su más fiel ayudante, encorvado y levantando un farol por encima de la cabeza. Parecían seres de algún cuento fantástico ó de algún sueño maravilloso.

Arriesgadísima era la empresa, pero de éxito infalible según Cossar. En tanto que las ratas no se presentaran de frente, no había que temer nada, y si se presentaban buscando la salida del agujero, denunciaría á distancia su presencia el brillo de sus ojos, y Cossar podría colocar con seguridad una bala entre ojo y ojo dejando muerto á su enemigo.

Podría ocurrir que Cossar errase el tiro y que las ratas se le echaran encima, pero el ingeniero

se desentendió de aquella observación é insistió enérgicamente en realizar su proyecto diciendo que el procedimiento podía ser algo molesto pero que era de resultado seguro.

Bensington observó que cuando el ayudante se metió en el agujero detrás de Cossar, llevaba liada una cuerda en el cuello, y supuso que fuese para extraer de la cueva las ratas que se mataran: vió que también llevaba en una mano el sombrero de seda de Cossar. ¿Para qué lo llevaba? ¡Quién sabe! Quizá para recordarle algo, cualquier cosa...

En las bocas de las cuevas contiguas se apostaron grupos de cazadores, cada uno con su farol proyectando su luz sobre las madrigueras. Los que formaban dichos grupos se pusieron de rodillas apuntando á la entrada de los agujeros, dispuestos á disparar.

Los segundos parecían horas en aquella situación: de pronto se oyó un trueno sordo, profundo, como la explosión de una mina. Cossar había roto las hostilidades y los nervios de todos se pusieron rígidos.

Oyéronse otras dos detonaciones.

Las ratas habían intentado una salida, pero dos de ellas habían caído á la acertada puntería de Cossar. Momentos después, el ayudante que seguía al ingeniero tiraba de la cuerda.

—Han muerto alguna — dijo Bensington, — y por eso tiran de la cuerda.

Esta iba entrando poco á poco y desapareciendo por el agujero cual si, animándose de pronto, se hubiera convertido en monstruosa serpiente, hasta que, al fin, se detuvo.

Y al extraño movimiento de la cuerda sucedió una larga pausa.

Luego surgió del fondo de la madriguera algo que le pareció á Bensington un monstruo quimérico, y que cuando pudo distinguírsele bien resultó ser el ayudante de Cossar, que salía de espaldas. Tras él, y formando en la tierra profundos surcos, aparecieron las botas del ingeniero, y, por fin, éste salió también al aire libre.

Sólo una de las ratas quedaba viva; y esta infeliz, condenada á sufrir la misma suerte que sus compañeras se agazapó en el más oculto rincón de la madriguera, y allí se mantuvo hasta que Cossar, el hombre-hurón, volvió á internarse en la cueva y dió fin del monstruo, no saliendo hasta estar seguro de que había acabado con los terribles huéspedes de la granja.

—Esto se ha concluído — dijo al más próximo de sus aterrados compañeros. — Se acabó... Y si no hubiera tenido la cabeza llena de barro, bien sabe Dios que me habría desnudado hasta la cintura... Porque, toque usted, Bensington, cómo me cala el sudor toda la ropa... Sólo un buen trago de whisky me puede preservar ahora de un enfriamiento...

Aquella maravillosa noche, hubo momentos en que Bensington se creyó destinado por la Naturaleza á una vida de aventuras fantásticas; sobre todo, una hora después de haberse echado al colete una regular cantidad de whisky.

—Hay que irse preparando para volver á Sloane Street — dijo confidencialmente al corpulento, distinguido y sucio ingeniero.

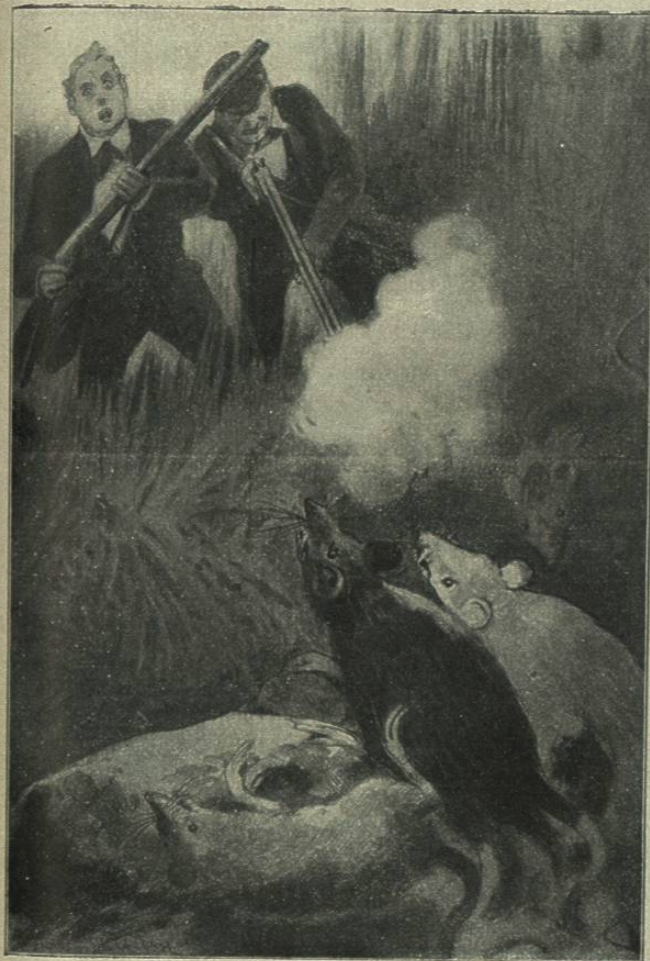
—¿Quiere usted volver allá, eh?

—¡Oh! No es que tenga ningún miedo — respondió el sabio, aunque al mismo tiempo movió la cabeza de un modo muy raro y particular.

La tarea de arrastrar las siete ratas muertas hacia la hoguera donde debían desaparecer los restos de tan dañinos animales, fué muy pesada. Bensington sudaba á chorros y Cossar le dijo inmediatamente que el whisky era lo único que podía salvarle, como á él, de un enfriamiento peligroso, casi inevitable.

Luego cenaron los valientes cazadores de ratas. Aquello pareció una cena de bandidos, devorada junto al viejo hogar de ladrillo en que habían mantenido sus discusiones los honrados Skinner. Las ratas colocadas en línea, aguardaban la ejecución de la sentencia ó sea el auto de fe.

Aun no había pasado media hora, y ya Cossar estaba en pie, dando órdenes y recomendando la mayor actividad para lo que todavía quedaba por hacer.



Cacería de ratas.

—Nada, nada — decía, hay que limpiar y asegurar todo esto, sin desorden, sin escándalo... ¿Estamos?

Y excitó luego á la destrucción de todo lo que pudiera perjudicar.

La partida reanudó sus trabajos. Cortaron y astillaron cuantas ramas de enredadera había en la casa; talaron todas las hierbas, matas arbustos en que se veían los efectos de la heracleofobia, y los amontonaron formando una pira digna de las ratas, cuyos cuerpos rociaron de parafina.

Bensington trabajaba como un pulcro y sencillo destripaterrones. A las dos de la madrugada se sentía de muy buen humor y con una maravillosa energía; tanto que, cuando en la obra de destrucción manejaba el hacha, todos procuraban apartarse de él y guarecerse en alguna parte. Poco después hubo de convertirse en un simple espectador, por la momentánea pérdida de sus gafas, que encontró, por último, en un bolsillo de su americana.

VII

Ninguno de los expedicionarios tuvo un instante de reposo: todos trabajaban arduamente, y Cossar se movía entre ellos obedecido y considerado como un dios. La satisfacción igualaba á la actividad prodigiosa en aquellos trabajadores nocturnos. Bensington, sobre todo, sentía la delicia que acompaña á las grandes y bien ordenadas expediciones campestres y de que no gozan los que viven en la sobriedad de la vida sedentaria. Cuando Cossar hubo acabado de talar y arrojó el hacha para transportar combustible, el inventor de la heracleofobia iba de un lado para otro diciendo á todos que se habían portado como *excelentes camaradas*. Aún consiguió mantenerse firme por algún tiempo; pero, á la postre, se rindió á la fatiga.

Dispuesto ya todo, actuó la parafina. La luna, apagando su luz, con todo su cortejo de estrellas, brillaba débilmente en su punto más alto del firmamento. La aurora comenzaba á anunciarse en el horizonte.

—Quémelo ustedes todo — dijo Cossar, —

quemem hasta el suelo, que quede bien limpio... ¿Estamos?

Bensington se alarmó al ver al ingeniero, tan delgado y ojeroso, á los débiles resplandores del día. En verdad que su aspecto era para producir alarma, pues aún aumentaba su lividez la tea que ardía en su mano.

—¡Fuera todo el mundo! — gritó una voz.

Bensington sintió que le cogían por un brazo y que le arrastraban.

De pronto, pobló el aire un tumultuoso chisporroteo: una llama roja y opaca comenzó á lamer la base de la inmensa pira; y luego, tomando tonos azulados, fué subiendo hoja por hoja y rama por rama hasta invadir las descomunales ortigas. El trino de los pájaros se mezcló un instante al chisporroteo de la leña.

Terminada su obra, los cazadores recobraron los fusiles que habían dejado en la cocina de Skinner, y se alejaron de la casa: Cossar los siguió poco después lenta y majestuosamente. Cuando estuvieron á cierta distancia, se detuvieron para ver desde allí la granja experimental. Todo crujía en aquel empírico laboratorio de Bensington: las llamas y el humo fluían de todas partes y se precipitaban por todos los huecos del edificio y por las hendiduras del tejado. Una gran columna de humo en cuyo centro flameaban rojas llamaradas y de las que partían chispas que parecían cohetes,

se elevaba á gran altura y semejaba á un gigante que se levantara de pronto desperezándose y levantando los brazos hasta las nubes. El incendio empalidecía los vagos resplandores del sol que empezaba á verse en el horizonte.

Los vecinos de Hickleybrow observaron la colosal humareda y corrieron á la cumbre de la colina, á medio vestir muchos de ellos, con objeto de recibir á los expedicionarios. La columna de humo se ensanchaba detrás de ellos como un hongo fantástico, retorciéndose en caprichosas espirales, subiendo siempre hacia el cielo y empequeñeciéndolo todo.

Los autores de la hecatombe, á cuyo frente iba Cossar, iban hacia Hickleybrow por la senda que tantas veces había seguido Skinner: eran ocho figuras negras, fatigadas que cruzaban con lentitud el prado llevando los fusiles al hombro.

Cuando Bensington fijó su mirada en la granja creyó percibir en su cérebro el eco de aquella fórmula tan familiar para él.

—«¿Ha encendido usted hoy? ¿ha encendido usted hoy?»

Luego recordó los incendios formidables de la Roma antigua, y dijo para sí:

—Hoy hemos encendido en Inglaterra una vela como ningún hombre la había encendido ni la encenderá — y siguió pensando.

¡Vaya un hombre el tal Cossar! Bensington lo

miraba por la espalda y sentía orgullo por haber tenido en su mano aquel extraño sombrero de seda del héroe. Sí, se sentía orgulloso, aunque él fuera un investigador eminente y el ingeniero no se dedicara á otra cosa que á la aplicación de las ciencias. Después cayó en la cuenta, el exclamado sabio, de que iba tiritando y bostezando de una manera horrible, y tuvo deseos de verse otra vez calentito entre las sábanas de aquella tranquila cama de Sloane Street. (Hay que advertir que aún no había vuelto á pensar en su prima Juana). Sus miembros por lo blandos, parecían hechos de algodón en rama y, en cambio, sus pies le parecían de plomo. Hubiera dado cualquier cosa porque alguien le hubiera obsequiado en Hickleybrow con una taza de café caliente... Hacía treinta y tres años que no había pasado una noche en claro.

VIII

En tanto que estos ocho aventureros luchaban con las ratas en la granja experimental, allí, á nueve millas de distancia de ellos, en la aldea de Cheasing Eyebrighth, una mujer vieja, de nariz extraordinariamente larga, luchaba, á su vez con grandes dificultades á la temblorosa y oscilante luz de una vela. La anciana cogió con rígida mano una de esas herramientas que sirven para abrir latas de conservas, en tanto que con la otra oprimía una caja de heracleoforbia, caja que se había propuesto abrir aunque para conseguirlo tuviera que perder la vida. La vieja, infatigable, se esforzaba, gruñendo á cada esfuerzo que se veía obligada á hacer, mientras que á través de un ligero tabique, se dejaba oír la voz del niño de los Cad-dles.

—¡Bendita sea la pobreza del Arte! — exclamó la anciana, que no era otra que la mujer de Skinner, y mordiéndose el labio inferior con el

único diente que le quedaba, exclamó haciendo un esfuerzo decisivo:

—¡Arriba!

Y en el acto ¡Dios santo! un nuevo refuerzo del alimento de los dioses, extendió sus gigantescas fuerzas por el mundo.